

LIBROS

Un regusto barojiano

Estas conversaciones españolas, este largo monólogo (1), acaban por llevarnos, por los meandros de los últimos cincuenta años, a la más profunda de las desolaciones. Damián, el viejo anarquista, se autoconfiesa con un antiguo camarada de la niñez en un asilo. A lo largo y a lo ancho de esta conversación obsesiva se van desvelando las claves de la vida política y social de nuestra historia menos reciente. Jiménez Lozano ha querido radiografiar una época, pero desde dentro de su personaje. No asistiremos a acontecimientos sonados, ni siquiera a una suerte de cronología. La superposición de planos —en el tiempo y en el espacio— es evidente, y con ello posiblemente se ha pretendido significar todo lo que de caótico existe en el ex revolucionario y en él, como símbolo, en la violencia desatada de las luchas sociales.

Hay en esta novela un mucho de ensayo, con reminiscencias de un humanismo, que el autor no confiesa de plano, pero que, tal vez un poco ingenuamente, va a expresar en esa página tremenda, quizá de lo mejor del libro, cuando el protagonista se encarama en la mesa del café, burlándose trágicamente de los histriones teorizadores de la literatura y de la vida.

No cree el escritor que ninguna revolución pueda cambiar a los hombres. Menos aún, la revolución de la técnica y el progreso. Hay que asomarse, parece decir-

nos, a la «poza de la verdad», a las salamandras repugnantes. Y la definitiva sal a mandra acaba siendo la muerte. Damián, que vivió en perpetua contradicción, empezó a comprenderlo el día en que crucificaron a un perro, pero prefirió irlo olvidando, hasta que una salamandra se le subió a la garganta en el café de escritores y otra, al final, puso término a su vida.

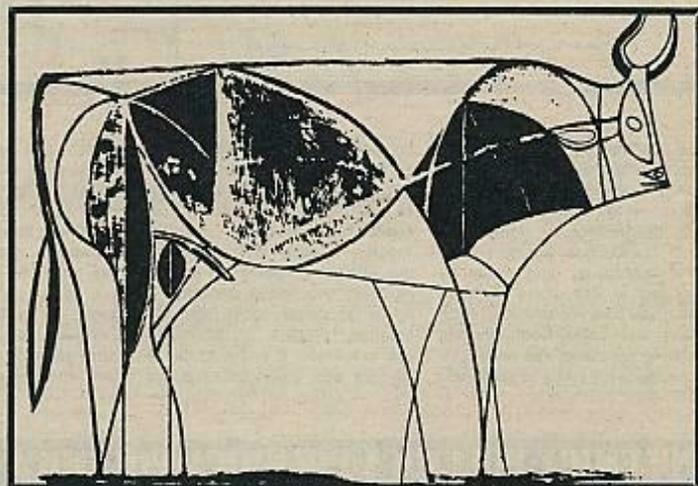
Jiménez Lozano, como en anteriores trabajos, practica una doble vertiente. La que pudiéramos considerar como accidental, en la que se muestra como un consumado historiador, y la consecuencia metafísica. «A lo mejor —nos dice— es verdad que somos un pueblo de frailes y que como no podemos o no nos atrevemos a serlo todos, tiramos por los otros caminos hasta que llega la muerte con sus marranadas o la vida, que nos vacía herrada a herrada los sueños y las esperanzas, y vamos viendo la poza y las salamandras que teníamos dentro».

Damián es ya un cadáver cuando ingresa en el asilo. Un cadáver con una historia sobre sus hombros, que ha de vaciar herrada a herrada, y cuando no queda una gota de agua en el pozo, desaparece. La intrahistoria de Damián, con un regusto barojiano, parece intuir el oscuro destino de todos aquellos que escogieron los exilios —interior o exteriormente— para irse poco a poco consumiendo, abandonando toda esperanza, siempre desde dentro. Jiménez Lozano ha querido dulcificarnos la muerte del hombre, en el tenebroso paisaje del asilo, con su gesto cordial, seguramente el más auténtico del que fuera furibundo ácrata. En su rebelión, en la locura de la hora de la verdad, está la poca esperanza que ha conseguido exprimir. Hay más esperanza en la novela, pero queda diluida entre las frustraciones. Esperanza, por señalarlo de algún modo, en esos personajes que pasan fantasmalmente por el relato; en Germinal, la

entrañable figura de tendero anarquista, en el abuelo, en la tía Petra, en las prostitutas... Es el esperar del pueblo, entre explosiones de ira y remansos de mansedumbre. Damián, con el pecado de la soberbia, acabará redimiéndose el día en que llora ante la muerte de un niño. Entonces vuelve a ser pueblo, a encontrarse.

No cabe duda de que Jiménez Lozano, a juzgar por éste y anteriores escritos, prefiere dejar desnuda a su galería de seres en virtud de circunstancias ambientales. Olavide y las monjas jansenistas de Port Royal están vistos enfrentados a una situación. No hay introspección. El Damián de esta historia va a moverse arrastrado por el signo de los tiempos. ¿Quién es este hombre, en suma? Un mucho la voz de los demás, con sus heroísmos y sus claudicaciones, con sus oportunismos y ese sentido redentor, propios de quienes, por su extracción humilde, sueñan con utópicas redenciones. Damián es un hombre sin historia propia, sin el perfil del líder, zarandeado, ilusionado y, en definitiva, derrotado. Alguien que sale de esa nada, vigorosa y amorfa, de los sin voz y escribe su propia vida, dentro de la vida de los demás.

El autor no se recata —poco cauteloso— en desbordar su argumento de picante erudición popular, en línea con un barroquismo, por otra parte, entrañadamente ibérico. Con ello, aunque pueda parecer excesivo, va suavizando este estudio que nos queda a mitad de camino entre el pesimismo y la desolación. La chispa de esperanza, el hilillo que encuentra para reconciliar la muerte de las ideas y el derrumbamiento postero, han de quedar en la íntima verdad de la locura de Damián, cuando se despoja de todas las adherencias y todos los postizos para volver a ser pueblo sobre la mesa de un café. ■ MIGUEL ANGEL PASTOR.



Un intento fallido

No creo en los libros destinados a «llenar un hueco»: esa parece tarea más propia de un enterrador que de un texto. Pero una vez que un libro se propone explícitamente un propósito pedagógico y regenerador, parece en cierta medida inevitable que sea juzgado de acuerdo con su eficacia para cumplir la tarea impuesta. El propósito que inspira la «Tauromaquia fundamental», de Rafael Ríos Mozo (1), es la introducción del arte del torero en el ambiente universitario; de acuerdo con este proyecto, su libro me parece un intento fallido, una ocasión desaprovechada de realizar una labor juntamente de profundización y de divulgación de una de las fiestas más extrañamente bellas de Occidente. Supongo que el «ambiente universitario» a que se refiere el autor son los levantisos ciudadanos menores de veinticinco años, o no mucho mayores, que pueblan con su perturbadora presencia las fábricas de espíritu del Estado. Es dolorosamente obvio que el interés por los toros en dicho ambiente es escaso, que se los asimila a formas periclitadas de barbarie o de embrutecimiento colectivo; los que saben economía suelen citar las ganaderías como ejemplos de latifundismo, desaprovechamiento del agro y

cosas de esas. El criterio general es que los toros se acaban y que desaparecerán en cuanto los cuatro turistas que todavía van a las plazas se aburren de ellos. La mayoría no tiene la más remota idea de en qué reside la gracia de los toros, si es que la hay. En tal situación, no parece superfluo intentar un acercamiento teórico exigente a la esencia de la tauromaquia, libre, en lo posible, de tópicos folklóricos o de tiquismiquis tecnicistas, que brinde la oportunidad de aproximarse, por vía inteligible, al misterio del juego taurino. No un repertorio de frases hechas o denominaciones de jerga, que faculten para presumir de entendido entre los vecinos de tendido, sino una indagación a la vez mítica, lúdica y ética de una fiesta en la que los valores estéticos llegan a transfigurarse en una forma particular de mística ligera y brillante, pero mortal. Esto es lo que, a mi juicio, no acierta a lograr el bienintencionado libro de Ríos Mozo.

En esta «Tauromaquia fundamental» se dedican dos terceras partes de la extensión total de la obra a una especie de historia del torero. Digo especie, porque tal historia comienza con Antonio Fuentes, dejando, por tanto, fuera a todos los clásicos fundadores de la tauromaquia, como Montes, Pepe Hillo o Pedro Romero. El autor se excusa diciendo que sus propósitos no son eruditos y que lo que cuenta es su designio de hacer prosélitos. Ninguna

renuncia a la erudición disculpa el hacer una historia del torero en la que se hable de «Paquirri» y «Palomo Linares», pero no de Cúchares o Lagartijo. Al no explicar los principios de la tauromaquia según Pepe Hillo y Montes, o la subsiguiente evolución de las suertes del torero a pie, la historia del torero de Ríos Mozo queda reducida a un catálogo de anécdotas de toreros famosos de nuestro siglo. Esto es precisamente lo accidental y no lo fundamental que el título del libro prometía. Además, fracasa en su intención proselitista, porque las anécdotas de toreros célebres sólo interesan a quien ya sienta afición al torero; lo primero es interesar al lector por el torero y los principios de su juego, que la curiosidad por la vida de los toreros surgirá, naturalmente, después. Luego sigue una descripción muy breve de las figuras de la fiesta —torero, banderillero, apoderado...— en la que también predomina lo anecdótico, mezclado con algunos brotes de un lirismo más bien dudoso. Cierra el libro una escueta Guía Terminológica para novicios. No hay ni una página dedicada a los orígenes rituales y míticos del torero; no hay una mínima descripción rigurosa de cada suerte del juego; nada se dice de la compleja y fascinante álgebra de los terrenos, que tan bien explicó el francés Claude Popelin en su libro editado por 10/18. No se profundiza en el significado de la revolución belmontina, en el

(1) Tauromaquia fundamental, Rafael Ríos Mozo. Universidad de Sevilla.

paso de la fiesta al espectáculo, en la noción de «cargar la suerte», que va mucho más lejos que el mero adelantar la pierna por el lado de la salida del toro... No se intenta ni minimamente bucear en la razón y sinrazón del juego, en el riesgo y en la gracia, en la trampa... José Bergamín, que con tanto brío y profundidad planteó estas cuestiones en su «Arte de Birlibirloques», ha publicado recientemente un poema espléndido, humorístico y filosófico, que, ése sí, es una auténtica tauromaquia fundamental. Ese es el lenguaje que hay que manejar si se pretende llegar al «ambiente universitario», no la reseña de incidencias más o menos pintorescas, sentimentales o fúnebres ocurridas a los matadores.

Quizá un libro no puede, por sí solo, fomentar la afición a los toros; puede, al menos, plantear las raíces sagradas y estéticas que dan su plena dimensión a ese arriesgado juego. Tal es la tarea que ahora se propone José Carlos Arévalo, en un libro que deseo de pronta aparición, pues de su preparación taurina y cultural puede esperarse algo realmente significativo. Es un

tópico repetir que la fiesta se muere; es una tarea impedirlo. Quizá la profundización teórica en la tauromaquia sea un medio de conseguirlo, al ampliar la afición por una vía intelectual que no hay por qué desdeñar ni siquiera cuando se trata de los laberintos del riesgo y de la suerte. ■ FERNANDO SAVATER.

**Mary Douglas: Mito y logos**

La llamada Antropología cultural surgió con el ambicioso propósito de estudiar lo que pudiéramos llamar, parodiando un título famoso, las variedades de la experiencia humana. Se había vuelto demasiado evidente que ya no se podía seguir ignorando culturas enteras al amparo de la excelencia de la propia civilización occidental, porque todas ellas eran, efectivamente, auténticas experiencias humanas, pero al mismo tiempo, un inventado hábito occidental trató de salirse de nuevo con la suya deslizando en aquel conocimiento de las variedades de lo humano una exigencia espúrea de reduccionismo racionalista a la unidad abstracta de la

humana naturaleza: gran tentación de Occidente a partir, por lo menos, del esencialismo griego y más concretamente platónico. Hoy se piensa que figuras ilustres y pioneros de la antropología —Levy-Bruhl, Frazer y tantos más— incurrieron en semejante debilidad. Y tenemos que preguntarnos además si bajo la flamante antropología filosófica que prolifera ante nuestros ojos —con frecuencia no muy lejos de ser simplemente una vergonzante escolástica o neo abstracta—, no se esconde, ahora ya con caracteres casi delictivos, la misma sempiterna propensión a una única y definitiva respuesta para todas las preguntas que el pluralísimo enigma de lo humano suscita en formas crecientemente punzantes.

Pues bien, en este reducido volumen que tenemos en las manos (1) no hay una respuesta, y experimentamos más bien la sensación de que la serie de sucesivas respuestas se presentan con además modesto y poco menos que tratando de pasar inadvertidas. Ante un tema tan omnipresente como el de lo puro y lo impuro, Mary Douglas tiene el buen gusto científico de disponer sus datos, precisar sus preguntas y dejar que las respuestas se sucedan unas a otras sin eliminarse. ¿Por qué todo el inacabable y variadísimo ceremonial en torno a lo que se puede comer o no comer, tocar o no tocar, hacer o no hacer? ¿Qué tienen en común —si lo tienen— tantos ritos que van desde lo que aparentemente no es más que simple magia (¿pero estamos seguros de saber lo que la magia significa?) hasta lo que parece no ser otra cosa que higiene social o individual, o incluso terapia de grupo?

De todas maneras, es evidente que la autora de estas páginas tiende a inclinarse por una interpretación, o línea in-

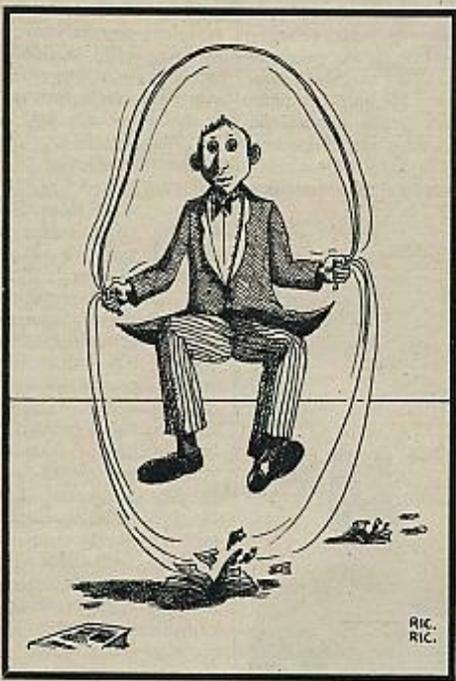
terpretativa, de cariz sociológico. Así, por ejemplo, a propósito de la complicada estructura de las castas hindúes. O en lo referente a las «abominaciones» del Levítico. ¿Qué significa esto? Que la configuración ritual de lo puro y lo impuro encierra en cada caso la intención de delimitar los propios contornos sociales, de unificar el caos de las experiencias en un orden, de —como decía Durkheim, de quien Mary Douglas se manifiesta libre seguidora— «poner de manifiesto a los hombres su identidad social». Hay que reconocer que hoy día esta interpretación, y desde una perspectiva tanto de psicología de la forma como de estructuralista, nos resulta plausible y coherente. Habrá que esperar a ver si pasado mañana, dada la rapidez con que se suceden las teorías antropológicas, todas ellas devoradoras de sus precedentes, seguimos pensando lo mismo.

Por de pronto, y como ya hemos dejado insinuado, Mary Douglas pone los puntos sobre las ses del racionalismo «clásico» de Frazer y su teoría de la magia. Pero tampoco oculta sus prevenciones con respecto al psicoanálisis de Norman O. Brown. Los hombres primitivos no son niños ni neuróticos. Parece, pues, mucho más razonable sostener «que las ideas acerca de la separación, la purificación, la demarcación y el castigo de las transgresiones tienen por principal función la de imponer un sistema a la experiencia, que de por sí es poco ordenada. Sólo exagerando la diferencia entre dentro y fuera, encima y debajo, macho y hembra, a favor y en contra se crea la apariencia de un orden» (pág. 17): en las palabras citadas creo que está la expresión de la línea de pensamiento de Mary Douglas que más se parece a una definición. Una línea de pensamiento que puede llevarnos además a una sorprendente aproximación —sin salirnos de los límites de la contaminación y el

tabú— entre los primitivos y nosotros. Es posible, viene a decirnos Mary Douglas casi con estas mismas palabras, que los ritos más rigurosamente mágicos —o cuando menos interpretados como tales— de los primitivos tengan tanto de higiene como nuestros ritos pretendidamente higiénicos puedan encerrar de magia, o cuando menos de símbolo. No es que semejante afirmación nos sorprenda: ya hace tiempo que estamos de vuelta de la geométrica separación entre mito y logos, propugnada tan dogmáticamente por el positivismo como poco menos que dos compartimientos estancos del tiempo histórico. Pero aunque mito y logos convivan dentro de nosotros, se nos hace arduo franquear tan alegremente sus recíprocas fronteras. ¿Nos hallamos, con este libro de Mary Douglas, sobre la misma ruta que ha conducido a Lévi-Strauss, en su último volumen de *Mitológicas* (El hombre desnudo) a entonar algo así como la marcha fúnebre de su propio pensamiento? Porque resulta que Lévi-Strauss, que nos había seducido con su antropología estructural como sustitutivo de la vaga filosofía, parece ahora querer reconducirnos o devolvernos a ella.

Quizá lo acertado esté en otra disposición de ánimo, y eso sería lo que habríamos de agradecer a Mary Douglas, tan discreta, por lo general, al sugerirnos una tras otra sus respuestas menores. Se diría que, con alternancia inescapable, el mito, analizado y seguido hasta su límite, nos devuelve al logos, así como el logos, en virtud de su propia afirmación absoluta, nos pone delante del mito. Y sin que el movimiento alternante en cuestión pueda detenerse. Ocurre aquí como en tantos otros terrenos del ejercicio de la mente humana: como cuando los materialistas nos dan ganas de pensar como los idealistas, y los idealistas nos devuelven al materialismo, y así sucesivamente.

A propósito de los ceremoniales de pureza, tan omnipresentes y con frecuencia tan neurotizantes, sugiere Mary Douglas algo que vale por una intuición básica en la experiencia humana: que la pureza, cuando se vuelve excesiva y aspira a ser absoluta, conduce inevitablemente a la esterilidad. Los hombres no podemos tolerar más que una determinada dosis de pureza, como sólo somos capaces de una cierta proporción de dolor; sólo podemos vivir como humanos en lo relativo y en lo imperfecto. Viejísimas ideas, sempiterna parábola del hombre desnudo que necesita lo absoluto para sentirse relativo... y lo relativo para no hallarse a gusto con ello y permitirse el lujo de la nostalgia de lo absoluto. Lo dijo de manera difícilmente superable Pascal: «El hombre sobrepasa infinitamente al hombre», y la clave de la frase está en afirmar a la vez los dos extremos encerrados en ella. ■ FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ.



RIC. RIC.

(1) Fuerza y peligro; un análisis de los conceptos de contaminación y tabú, Mary Douglas. Siglo XXI.



La exposición con la cual la Librería Turner se autorizó a sí misma también como galería de arte, si pareció exigir de mí la urgencia de un comentario no lo fue porque esos grabados de Chillida que alberga, ilustraciones a Martin Heidegger y a Jorge Guillén, fuesen a descubrirle a nadie la novedad de un Chillida grabador, sino, más bien, la de un Chillida ilustrador. ¿Ilustrador? Bueno, sí, aceptemos provisionalmente, para no entrar en la marea de las definiciones, una palabra que en este caso no quiere decir que nuestro escultor-graba-